

entonces justamente criticarlos como artistas. Sería, sin embargo, más inteligente de su parte —y le proporcionaría un mayor placer personal— si fuera capaz de comprender *por qué* los artistas han fracasado o no en su cometido.

El buen aficionado reconoce, además, sus propios prejuicios y trata de superarlos. Puede no interesarse en determinado actor o en cierta obra teatral; sin embargo, hará un esfuerzo para juzgarlos honradamente, concediéndole a cada artista el derecho de trabajar según su gusto.

La última y primordial obligación del público es una repetición del *primer principio*, nuestra premisa básica de crítica dramática: las tres preguntas de Goethe.

Resumamos ahora cuáles son las obligaciones del público:

1. Considerar cada hecho dramático con una gran dosis de poder imaginativo.
2. Reconocer los prejuicios personales.
3. Observar y valorar el trabajo de *todos* los artistas que han hecho posible la producción.
4. Conceder a cada artista el derecho de expresarse según le convenga.
5. Utilizar siempre las tres interrogaciones de Goethe.
¿Qué trata de hacer el artista?
¿Lo ha hecho bien?
¿Merece hacerse?

I. OBRAS DRAMATICAS

GALILEO GALILEI

PERSONAJES

Galileo Galilei	Dos monjes
Andrea Sarti	Dos astrónomos
Señora Sarti, <i>madre de Andrea y ama de llaves de Galilei</i>	Un monje muy delgado
Ludovico Marsili, <i>un joven de acaudalada familia</i>	Un cardenal muy viejo
Señor Priuli, <i>secretario de la Universidad de Padua</i>	Padre Cristóforo Clavius, <i>astrónomo</i>
Sagredo, <i>amigo de Galilei</i>	Un monje pequeño
Virginia, <i>hija de Galilei</i>	El Cardenal Inquisidor
Federzoni, <i>pulidor de lentes, colaborador de Galilei</i>	Cardenal Barberini, <i>después</i>
El Dux	Papa Urbano VIII
Regidores	Cardenal Belarmino
Cosme de Médici, <i>Gran Duque de Florencia</i>	Dos secretarios espirituales
Mayordomo Mayor de la Corte	Dos jóvenes damas
El teólogo	Filippo Mucius, <i>un erudito</i>
El filósofo	Señor Gaffone, <i>rector de la Universidad de Pisa</i>
El matemático	Un cantor de romances
Una vieja dama de honor	Su mujer
Una joven dama de honor	Vanni, <i>un fundidor de hierro</i>
Un lacayo del Gran Duque	Un funcionario
Dos monjas	Un alto funcionario
Dos soldados	Un individuo
La vieja mujer	Un monje
Un prelado gordo	Un campesino
Dos eruditos	Un guardia aduanero
	Un escribiente
	Hombres, mujeres, niños

1

GALILEO GALILEI, PROFESOR DE MATEMÁTICAS EN PADUA, QUIERE DEMOSTRAR LA VALIDEZ DEL NUEVO SISTEMA UNIVERSAL DE COPÉRNICO.

El pobre gabinete de trabajo de Galilei en Padua. Es de mañana. Un muchacho, Andrea, hijo del ama de llaves, trae un vaso de leche y un bollo.

GALILEI (*lavándose el pecho, resoplando, alegre*): Pon la leche sobre la mesa, pero no cierres ningún libro.

ANDREA: Mi madre dice que debemos pagar al lechero. Si no pronto hará un rodeo a nuestra casa, señor Galilei.

GALILEI: Se dice: describirá un círculo, Andrea.

ANDREA: Como usted quiera, pero si no pagamos describirá un círculo en torno a nosotros, señor Galilei.

GALILEI: Si el alguacil, señor Cambione, se dirige directamente a nuestra puerta, ¿qué distancia entre dos puntos elegirá?

ANDREA (*sonríe*): La más corta.

GALILEI: Bien. Tengo algo para ti. Mira atrás de las tablas astronómicas.

Andrea levanta detrás de las tablas astronómicas un modelo de madera de gran tamaño del sistema de Ptolomeo.

ANDREA: ¿Qué es esto?

GALILEI: Un astrolabio. El aparato muestra cómo los astros se mueven alrededor de la Tierra, según la opinión de los viejos.

ANDREA: ¿Cómo?

GALILEI: Investiguemos. Primero la descripción.

ANDREA: En el medio hay una pequeña piedra.

GALILEI: Es la Tierra.

ANDREA: Alrededor de ella hay varios anillos, siempre uno sobre el otro.

GALILEI: ¿Cuántos?

ANDREA: Ocho.

GALILEI: Son las esferas de cristal.

ANDREA: A los anillos se han fijado bolillas.

GALILEI: Son los astros.

ANDREA: Y ahí hay cintas en las que se leen nombres.

GALILEI: ¿Qué nombres?

ANDREA: Nombres de estrellas.

GALILEI: ¿Por ejemplo?

ANDREA: La más baja de las bolillas es la Luna y encima de ella se encuentra el Sol.

GALILEI: Y ahora haz correr el Sol.

ANDREA (*mueve los anillos*): Es hermoso todo esto, pero nosotros estamos tan encerrados...

GALILEI: Sí. (*Secándose.*) Es lo que yo sentí también cuando vi el armatoste por primera vez. Algunos lo sienten. (*Le tira la toalla a Andrea para que le frote la espalda.*) Muros, anillos e inmovilidad. Durante dos mil años la humanidad creyó que el Sol y todos los astros del cielo daban vueltas alrededor de ella. El Papa, los cardenales, los príncipes, los eruditos, capitanes, comerciantes, pescaderas y escolares creyeron estar sentados inmóviles en esa esfera de cristal. Pero ahora nosotros salimos de eso, Andrea. El tiempo viejo ha pasado y estamos en una nueva época. Es como si la humanidad esperara algo desde hace un siglo.

Las ciudades son estrechas, igual que las cabezas. Supersticiones y peste. Pero el que hoy las cosas sean así no quiere decir que siempre lo serán. Todo se mueve, mi amigo. Me alegra pensar que la duda comenzó con los navíos. Desde que la humanidad tiene memoria se arrastraron a lo largo de las costas, pero de repente las abandonaron y se largaron a los mares.

En nuestro viejo continente se ha comenzado a oír un rumor: existen nuevos continentes. Y desde que nuestros navíos viajan hacia ellos se festeja por todas partes que el inmenso y temido mar es un pequeño estanque. Desde entonces ha sobre-

venido el gran deseo: investigar la causa de todas las cosas, por qué la piedra cae al soltarla y por qué sube cuando se la arroja hacia arriba. Cada día se descubre algo. Hasta los viejos de cien años se hacen gritar al oído por los jóvenes los nuevos descubrimientos. Ya se ha encontrado algo, pero existen otras cosas que deben explicarse. Muchas tareas esperan a las nuevas generaciones.

En Siena, de muchacho, observé cómo unos trabajadores reemplazaban, luego de cinco minutos de disputa, una costumbre milenaria de mover bloques de granito por una nueva y razonable forma de disponer las cuerdas. Fue allí donde caí en la cuenta: el tiempo viejo ha pasado, estamos ante una nueva época. Pronto la humanidad entera sabrá perfectamente dónde habita y en qué clase de cuerpo celeste le toca vivir.

Porque lo que dicen los viejos libros ya no les basta, pues donde la fe reinó durante mil años ahora reina la duda. El mundo entero dice: sí, eso está en los libros, pero dejadnos ahora mirar a nosotros mismos. A la verdad más festejada se le golpea hoy en el hombro; lo que nunca fue duda hoy se pone en tela de juicio.

Se ha originado una corriente de aire que ventila hasta las faldas bordadas en oro de príncipes y prelados, tornando visibles piernas gordas y flacas, piernas que son como nuestras piernas. Ha quedado en descubierto que las bóvedas celestes están vacías y ya se escuchan alegres risotadas por ello.

Pero las aguas de la tierra empujan las nuevas rucas y en los astilleros, en las cordelerías y en las manufacturas de velas se agitan quinientas manos al mismo tiempo en busca de un nuevo ordenamiento.

Yo profetizo que todavía durante nuestra vida se hablará de astronomía hasta en los mercados y hasta los hijos de las pescaderas correrán a las escuelas.

A esos hombres deseosos de renovación les gustará saber que una nueva astronomía permite moverse también a la Tierra. Siempre se ha predicado que los astros están sujetos a una bóveda de cristal y que no pueden caer. Ahora, nosotros he-

mos tenido la audacia de dejarlos moverse en libertad, sin apoyos, y ellos se encuentran en un gran viaje, igual que nuestras naves, ¡en un gran viaje sin interrupciones!

La Tierra rueda alegremente alrededor del Sol y las pescaderas, los comerciantes, los príncipes y los cardenales y hasta el mismo Papa ruedan con ella.

El universo entero ha perdido de la noche a la mañana su centro, y al amanecer tenía miles, de modo que ahora cada uno y ninguno será ese centro. Repentinamente ha quedado muchísimo lugar. Nuestras naves se atreven mar adentro, nuestros astros dan amplias vueltas en el espacio y hasta en el ajedrez las torres saltan todas las filas e hileras. ¿Cómo dice el poeta?

ANDREA: "¡Oh temprano albor del comenzar!
¡Oh soplo del viento
que viene de nuevas costas!"

Sí, pero beba su leche que ya comenzarán de nuevo las visitas.

GALILEI: ¿Has comprendido al fin lo que te dije ayer?

ANDREA: ¿Qué? ¿Lo del Quipérmico con sus vueltas?

GALILEI: Sí.

ANDREA: No. ¿Por qué se empeña en que yo lo comprenda? Es muy difícil y en octubre apenas cumpliré once años.

GALILEI: Por eso mismo quiero que lo comprendas. Para ello trabajo y compro libros en vez de pagar al lechero.

ANDREA: Pero es que yo veo que el Sol está al atardecer en un lugar muy distinto al de la mañana. No puede entonces estar inmóvil. ¡Nunca! ¡Jamás!

GALILEI: ¿Así que tú ves? ¿Qué es lo que ves? No ves nada. Tú miras sin observar. Mirar no es observar. *(Coloca el soporte con la palangana donde se ha lavado en el medio de la habitación.)* Aquí tienes el Sol. Siéntate. *(Andrea se sienta en una silla. Galilei se para detrás de él.)* ¿Dónde está el Sol, a la izquierda o a la derecha?

ANDREA: A la izquierda.

GALILEI: ¿Y cómo llegará a la derecha?

ANDREA: Si usted lo lleva, por supuesto.

GALILEI: ¿Solamente así? *(Carga la silla junto con Andrea y los traslada al otro lado de la palangana.)* ¿Y ahora, dónde está el Sol?

ANDREA: A la derecha.

GALILEI: ¿Y se movió acaso el Sol?

ANDREA: No.

GALILEI: ¿Quién se movió?

ANDREA: Yo.

GALILEI *(ruge)*: ¡Mal! ¡Alcornoque! ¡La silla!

ANDREA: ¡Pero yo con ella!

GALILEI: Claro... la silla es la Tierra. Y tú estás encima.

SRA. SARTI *(que ha entrado para tender la cama y ha permanecido mirando la escena)*: ¿Qué hace usted por Dios con mi hijo, señor Galilei?

GALILEI: Le enseño a mirar, señora Sarti.

SRA. SARTI: ¿Cómo? ¿Arrastrándolo por el cuarto?

ANDREA: Calla tú, mamá. Tú no entiendes estas cosas.

SRA. SARTI: ¡Ajá! ¿Pero tú las entiendes, no es cierto? *(A Galilei.)* Usted lo trastorna tanto que pronto sostendrá que dos y dos son cinco. El pequeño confunde todo lo que usted le dice. ¡Fíjese que ayer me demostró que la Tierra se mueve alrededor del Sol! Y además está seguro que un señor llamado Quipérmico lo ha calculado todo.

ANDREA: ¿Acaso no lo ha calculado el Quipérmico, señor Galilei? ¡Dígaselo usted mismo!

SRA. SARTI: ¿Qué? ¡Así que es usted quien le dice todos esos disparates! Luego los repite como un loro en la escuela y me vienen los señores del clero a protestar porque difunde esas cosas del diablo. ¡Vergüenza debía de darle, señor Galilei!

GALILEI *(desayunando)*: Sobre la base de nuestras investigaciones, señora Sarti, y luego de ardorosas controversias, Andrea y yo hemos hecho tales descubrimientos que no podemos callar ya ante el mundo. Comienza un tiempo nuevo, una gran era, en la que vivir será un verdadero goce.

SRA. SARTI: Sí, sí. Ojalá que en esa nueva época podamos pagar al lechero, señor Galilei. Está esperando un señorito que desea tomar lecciones. Viste bien y trae una carta de re-

comendación. (*Le entrega una carta.*) Hágame el favor y no lo envíe de vuelta que tengo presente siempre la cuenta del lechero. (*Se va.*)

GALILEI (*riendo*): Déjeme terminar por lo menos con mi desayuno. (*A Andrea.*) ¡Entonces quiere decir que ayer hemos entendido algo!

ANDREA: No, se lo dije a ella sólo para que se asombre. Pero no es cierto, usted dijo que la Tierra se mueve alrededor de sí misma y no sólo en torno al Sol. Pero la silla se movió sólo alrededor de la palangana y no alrededor de sí misma, porque si no yo me hubiese caído, y esto es una evidencia. ¿Por qué no dio vueltas a la silla? Porque entonces quedaba demostrado que yo también me habría caído de la Tierra. ¿Qué me dice, ahora?

GALILEI: Pero te he demostrado...

ANDREA: Esta noche me di cuenta que si la Tierra realmente se moviese me hubiera quedado toda la noche con la cabeza colgando para abajo. Y esto es una evidencia.

GALILEI (*toma una manzana de la mesa*): Mira, aquí tienes la Tierra.

ANDREA: No, no. No me venga siempre con esos ejemplos, señor Galilei. Así gana siempre.

GALILEI (*colocando de nuevo la manzana en la mesa*): Bueno...

ANDREA: Con ejemplos se logra siempre demostrar todo, cuando se es astuto. Pero yo no puedo arrastrar a mi madre en una silla como usted lo hace conmigo. Vea pues qué ejemplo más malo es ése. ¿Y qué sucedería con la manzana como Tierra? No sucedería absolutamente nada.

GALILEI (*ríe*): Es que tú no quieres comprender.

ANDREA: Vamos a ver, tómelala de nuevo, ¿por qué no cuelgo con la cabeza para abajo de noche?

GALILEI: Mira, ésta es la Tierra y aquí estás tú. (*Clava la astilla de un leño en la manzana.*) Y ahora la Tierra se mueve.

ANDREA: Y ahora estoy con la cabeza colgando para abajo.

GALILEI: ¿Por qué? Fíjate bien, ¿dónde está la cabeza?

ANDREA: Ahí, abajo.

GALILEI: ¿Qué?. (*Vuelve la manzana a su primera posición.*)

¿No está acaso en el mismo lugar, no están los pies siempre abajo? ¿Quedarías parado si yo te muevo así? (*Saca la astilla y la da vuelta.*)

ANDREA: No. ¿Y por qué entonces no noto nada del giro?

GALILEI: Porque tú realizas también el movimiento. Tú y el aire que está sobre ti y todo lo que está encima de la esfera.

ANDREA: ¿Y por qué entonces parece que el Sol se moviera?

GALILEI (*gira nuevamente la manzana con la astilla*): Mira, tú ves abajo la Tierra, que permanece igual, siempre está debajo de ti y para ti no se mueve. Pero mira hacia arriba, ahora tienes la lámpara sobre tu cabeza; pero ¿qué ocurre cuando giro la Tierra? ¿Qué tienes sobre tu cabeza?

ANDREA (*hace también el giro*): La estufa.

GALILEI: ¿Y dónde está la lámpara?

ANDREA: Abajo.

GALILEI: Ajá.

ANDREA: Esto sí que es bueno, ella se asombrará. (*Entra Ludovico Marsili, un joven de acaudalada familia.*)

GALILEI: Esta casa es lo mismo que un palomar.

LUDOVICO: Buenos días, señor. Mi nombre es Ludovico Marsili.

GALILEI (*estudiando la carta de recomendación*): ¿Viene usted de Holanda?

LUDOVICO: Sí, donde oí hablar mucho de usted, señor Galilei.

GALILEI: ¿Su familia posee bienes en la Campania?

LUDOVICO: Mi madre quiso que viese un poco de lo que ocurre en el mundo, y así...

GALILEI: Y usted oyó en Holanda que en Italia ocurre algo conmigo.

LUDOVICO: Y como mi madre quiere que también sepa un poco de lo que ocurre en la ciencia...

GALILEI: Lecciones privadas: diez escudos por mes.

LUDOVICO: Muy bien, señor.

GALILEI: ¿Por qué se interesa usted?

LUDOVICO: Caballos.

GALILEI: Ajá.

LUDOVICO: Yo no tengo cabeza para las ciencias, señor Galilei.

GALILEI: Ajá. Bajo esas circunstancias son quince escudos por mes.

LUDOVICO: Muy bien, señor Galilei.

GALILEI: Tendré que enseñarle de mañana bien temprano. Y tú te quedas sin nada, Andrea. Pero debes comprender, tú no pagas nada.

ANDREA: Sí, sí, ya me voy. ¿Puedo llevarme la manzana?

GALILEI: Sí. *(Andrea se va.)*

LUDOVICO: Tendrá que tener paciencia conmigo, principalmente porque lo que ocurre en las ciencias siempre es distinto a lo que dice el sentido común. Por ejemplo, ahí tiene usted ese tubo que venden en Amsterdam. Lo he estudiado detenidamente, un estuche de cuero verde y dos lentes, una así *(describe una lente cóncava)* y otra así *(describe una convexa)*. He oído que una amplía la imagen y la otra la empequeñece. Cualquier hombre razonable pensaría que ambas juntas se anulaban. Pues no es así. Se ve todo cinco veces más grande con el aparato. Ésta es su ciencia.

GALILEI: ¿Qué cosa se ve cinco veces más grande?

LUDOVICO: Torres de iglesia, palomas, todo lo que está lejano.

GALILEI: ¿Ha podido ver usted mismo torres de iglesia agrandadas?

LUDOVICO: Sí, señor.

GALILEI: ¿Y el tubo tenía dos lentes? *(Dibuja un croquis en una hoja de papel.)* ¿Tenía este aspecto? *(Ludovico asiente.)* ¿Cuánto hace que se inventó eso?

LUDOVICO: Según creo, no habrán pasado más de dos días cuando dejé Holanda, por lo menos desde que apareció en el mercado.

GALILEI *(casi amistoso)*: ¿Y por qué quiere usted aprender física, no sería mejor la cría de caballos? *(Entra la señora Sarti sin ser notada por Galilei.)*

LUDOVICO: Mi madre opina que un poco de ciencia es necesario. Todo el mundo hoy en día bebe su vino con ciencia.

GALILEI: Pero para usted sería lo mismo aprender una lengua muerta o teología. Es más fácil. *(Ve en ese momento a*

la señora Sarti.) Bien, venga el martes a la tarde. *(Ludovico se va.)*

SRA. SARTI: El Secretario de la Universidad espera afuera.

GALILEI: No me mire así, si lo he tomado.

SRA. SARTI: Sí, porque me vio en el momento oportuno.

GALILEI: Deje pasar al Secretario, es importante. Esto significará, tal vez, quinientos escudos de oro. Después, no tendrá ya necesidad de alumnos. *(La señora Sarti hace pasar al Secretario. Galilei, que ha terminado de vestirse, anota algunas cifras en un papel.)*

GALILEI: Buenos días, présteme un escudo. *(Da a la señora Sarti la moneda que el Secretario saca de un bolsillo.)* Mande a Andrea al óptico por dos lentes. Aquí están las medidas. *(La señora Sarti se va con el papel.)*

EL SECRETARIO: Vengo a devolverle su solicitud de aumento de sueldo a mil escudos de oro. Desgraciadamente, no puedo apoyarlo ante la Universidad. Usted lo sabe muy bien, los cursos de matemáticas no traen ningún beneficio a nuestro instituto. Sí, hasta bien podríamos decir que las matemáticas son un arte sin pan. No quiero significar con esto que la República no deja de apreciar a esa ciencia por sobre todo. Evidentemente, las matemáticas no son tan necesarias como la filosofía, ni tan inútiles como la teología, pero... ¡proporcionan un número tan ilimitado de placeres!

GALILEI *(leyendo en sus papeles)*: Mi queridísimo Secretario, con quinientos escudos no hago nada.

EL SECRETARIO: Pero, señor Galilei, usted dicta apenas dos veces dos horas en la semana. Su extraordinaria fama debe acarrearle alumnos a discreción que pueden pagar lecciones privadas. ¿No tiene usted, acaso, alumnos particulares?

GALILEI: Sí, tengo demasiados. Enseño y enseño, ¿y cuándo aprenderé? Bendito señor, yo no poseo la ciencia infusa como los señores de la Facultad de Filosofía. Soy tonto. No entiendo nada de nada y me veo obligado a llenar los agujeros de mi sabiduría. ¿Y cuándo podré hacerlo? ¿Cuándo podré investigar? Señor mío, mi ciencia tiene sed de saber más. ¿Qué hemos resuelto de los grandes problemas? Sólo tenemos hipóte-

sis. Pero hoy nos exigimos pruebas hasta de nosotros mismos. Y ¿cómo puedo adelantar si para poder vivir tengo que meterle en la cabeza a todo idiota con dinero que las rectas paralelas se cortan en el infinito?

EL SECRETARIO: No olvide usted que la República paga, tal vez, menos que algunos príncipes, pero a cambio garantiza la libertad científica. Nosotros, aquí en Padua, hasta permitimos algunos alumnos protestantes y también les otorgamos el título de doctor. Al señor Cremonini no solamente no lo entregamos a la Inquisición cuando se nos demostró —sí, señor Galilei, se nos demostró— que realiza manifestaciones antirreligiosas, sino que todavía le aumentamos el sueldo. Hasta en Holanda se sabe que Venecia es la República donde la Inquisición no dice esta boca es mía. Todo esto tiene mucho valor para usted que cultiva la astronomía, es decir, una ciencia en la que desde hace poco tiempo no se respetan con la debida consideración las enseñanzas de la Iglesia.

GALILEI: A Giordano Bruno lo entregaron ustedes a Roma porque divulgaba las teorías de Copérnico.

EL SECRETARIO: No, no lo entregamos por divulgar las teorías de Copérnico, que por otra parte son falsas, sino porque él ni era veneciano, ni investía aquí ningún cargo. No se que me usted ahora con el quemado. Está bien que dispongamos de libertad completa, pero no por eso es aconsejable gritar a los cuatro vientos un nombre sobre el que recae la expresa maldición de la Iglesia. Ni aquí, ni siquiera aquí dentro.

GALILEI: De modo que la protección que prestan a la libertad de pensamiento les resulta un buen negocio, ¿verdad? Mientras ustedes señalan que la Inquisición trabaja y quema en otros lugares, obtienen aquí maestros buenos y baratos. La protección que ejercen contra la Inquisición los beneficia por otro lado al pagar los sueldos más bajos.

EL SECRETARIO: ¡Esto es injusto! ¡Injusto! ¿De qué le serviría a usted disponer de mucho tiempo para la investigación si cada monje ignorante de la Inquisición pudiera, sin más ni

más, prohibir sus pensamientos: no hay rosas sin espinas ni príncipes sin monjes, señor Galilei.

GALILEI: ¿Y de qué sirve la libertad científica sin tiempo libre para investigar? ¿Qué pasa con los resultados? ¿Por qué no muestra a los señores consejeros mis investigaciones sobre las leyes de la gravitación (*señala un manojo de manuscritos*) y les pregunta si esto no vale un par de escudos más?

EL SECRETARIO: Poseen un valor infinitamente mayor, señor Galilei.

GALILEI: No un valor infinitamente mayor, sino de quinientos escudos más, señor.

EL SECRETARIO: El valor de una cosa se mide por la cantidad de escudos que puede proporcionar. Si quiere ganar dinero debe mostrarnos otras cosas. Usted sólo puede exigir para la ciencia que vende tanto como la ganancia que recibirá aquel que se la compra. Ahí tenemos el ejemplo de la filosofía que el señor Colombe vende en Florencia: pues bien, ella le significa al Príncipe, por lo menos, diez mil escudos por año. Sus leyes de la gravitación han causado, por cierto, mucho revuelo. Se las aplaude en París y Praga. Pero esos señores que allá aplauden no pagan a la Universidad de Padua lo que usted le cuesta. Su desgracia es la ciencia que ha elegido, señor Galilei.

GALILEI: Sí, comprendo. Comercio libre, ciencia libre. Comercio libre con la ciencia libre, ¿verdad?

EL SECRETARIO: ¡Pero señor Galilei! ¡Qué criterio! Permítame decirle que no comprendo completamente sus chistosas observaciones. El floreciente comercio de la República no puede ser objeto de sospechas. En cuanto a la ciencia, en los largos años de mi cargo universitario nunca me atrevía a hablar de ella en ese, si se me permite, en ese tono tan frívolo. (*Continúa mientras Galilei dirige nostálgicas miradas a su mesa de trabajo.*) ¡Piense usted un poco en la situación actual! ¡En la esclavitud bajo cuyo látigo suspiran las ciencias en ciertos lugares! ¡Allí, hasta se han cortado látigos de los antiquísimos infolios de cuero! En esos lugares no debe saberse por qué la piedra cae, sino que sólo puede repetirse lo que